

Juventudes, precarización, migraciones y violencias de muerte: juvenicidio y bio-necropolíticas

RICARDO CARLOS ERNESTO GONZÁLEZ

ALFREDO NATERAS DOMÍNGUEZ

DOI: <https://doi.org/10.56019/EDU-CETYS.2025.JPMVM-UABC>

Resumen

La migración ha representado un fenómeno social de gran envergadura no solo por sus impactos económicos, sino por las transformaciones sociales que derivan en sectores precarizados. A nivel global las juventudes se han caracterizado por prácticas sociales, expresiones culturales y manifestaciones afectivas que ponen en predicamento la ética e inmoralidad del proyecto neocapitalista-neoliberal, que privilegia tener cosas del mundo, por sobre estar en él. Desnudando las estrategias postcoloniales y el patriarcado en sus vidas cotidianas, en la edificación de sus cursos-trayectorias de vida y en la posibilidad de construir horizontes en el aquí-ahora de sus existencias: del buen ser y estar sociocultural ante la vulnerabilidad/exclusiones históricas. Escenario en el que la migración se denota como dispositivo de la *bio-necropolítica*. La finalidad de este texto es dar cuenta de una ruta teórica-metodológica en la investigación con juventudes en escenarios hostiles migratorios.

Palabras clave: Juventudes, precarización, juvenicidio, biopolítica y necropolítica.

Introducción

*La noche es territorio imposible.
Antes nos íbamos para que nos sucediera algo;
ahora nos vamos para que nada nos suceda...
El ritmo constante de la marcha:
caminar sin olfatear el apuro,
mirar sin que se te escape el miedo.*

Mercedes Alvarado

En la actualidad, las migraciones son piezas clave de los sistemas socioeconómicos, políticos y culturales contemporáneos; no obstante, sería irresponsable considerarles como procesos sociales sin precedentes, no rastreables o sin larga data. Al representar un fenómeno de *la longue durée* –bajo el marco del pensamiento estructuralista–, semejamos a las migraciones como eje transversal de las actuales administraciones de la vida y la muerte: biopolíticas (Foucault, 2007) y necropolíticas (Mbembe, 2011). Esto implica, en los marcos analíticos de Braudel (1970), el abordaje de *lo profundo*, en el mundo social y cotidiano, que puede ser rastreado de forma histórica en las estructuras sociales. Fenómenos sociales que se anidan en la base de la dinámica humana, con cambios casi imperceptibles por lo que se ha definido, cambien, como tiempos de semiinmovilidad.

Nuestras acciones como grupos humanos se encuentran condicionadas de forma directa y constante con características de nuestro entorno, y mientras que Braudel piensa en cómo los grupos humanos se condicionan a las características del clima y los impactos que estos tienen en la vegetación, animales, cultivos y alimentación, “equilibrios lentamente construidos”, es posible encontrar en la migración un efecto similar, creando una dependencia de las dinámicas sociales contemporáneas por las expulsiones y movilidades impulsadas por la precarización, argumento desde el que partimos.

En las ciencias humanas y sociales hemos generado una gran cantidad de clasificaciones en torno a la migración, determinando cada una de estas por las condiciones y motivaciones que les sostienen; la dirección y las for-

mas en que se presenta, han abierto la posibilidad de comprenderlas en su complejidad. No obstante, esta gran diversidad de recursos conceptuales llega fragmentar –consientes o inconscientes–, ontológicamente, la comprensión de las migraciones.

Este ejercicio de “recorte” conlleva a riesgos de sesgo, en donde el estudio de la migración puede limitarse al reconocimiento de un motivo y no del tejido de las condiciones de vida en los escenarios hostiles (Valenzuela, 2019) de origen. Bajo esta lógica, la propuesta del principio de la no separabilidad (Ibáñez, 2014), exhorta a generar reflexiones con mayor nivel de profundidad en lo que respecta a los contextos de vida, encontrando consonancia con la propuesta analítica histórica de *la longue durée*.

Las preguntas ¿qué se entrelaza en la base, el proceso y el futuro de las migraciones?, ¿qué poblaciones son –más– vulneradas en el proceso de las migraciones? o ¿qué y cómo se gestiona a las migraciones para asegurar su estado continuum en la vida social? se entrelazan para las reflexiones que plantearemos en este texto, con el objetivo de plantear un dispositivo teórico-metodológico para el abordaje analítico y posible intervención con poblaciones migrantes, en busca de alejarnos de los entramados que las asimetrías han establecido en la relación con poblaciones precarizadas y poniendo en el centro las dinámicas de paz como horizonte de estos escenarios. Para esta finalidad, se usarán como principales referentes las experiencias de vida de poblaciones migrantes en Mexicali, Baja California, México, que habitan espacios públicos como parques, calles y algunos privados como albergues o refugios.

La vulnerabilidad de la vida como clave de la migración: las juventudes latinoamericanas

Así, es imperativo afirmar que el acto de la movilidad humana en su modalidad de tránsito migratorio (bajo todas sus ediciones) no es un tema sujeto a la libertad. Esta afirmación se sostiene bajo dos presupuestos: uno, la ejecución de la movilidad migratoria no depende de una elección libre, en

donde salir o no salir del lugar de origen tiene de forma ineludible resultados siempre positivos para el ser humano; dos, el principio de la libertad está anclado a una representación de ficción, en la que se escoge entre las opciones limitadas que los entramados sociopolíticos y económicos globales permitan a los sujetos sociales. Ambos presupuestos operan de forma simultánea y consecuente, pues dan contexto y sentido a las acciones que se toman en las trayectorias de vida.

En ese sentido, queremos comenzar por la segunda de estas nociones. La libertad de elección ha sido un presupuesto recurrente al explicar al fenómeno migratorio, suponiendo, en la mayoría de las veces, que la decisión de salir en “busca de mejores oportunidades” es un acto cargado de plena conciencia y libre albedrío. La acción de migrar no es una que se encuentre cargada de libertad en su más puro estado.

Salir del lugar de origen está sujeto a condiciones contextuales más que a condiciones individuales; por lo que el resultado de las interacciones del entorno deriva en la decisión de los sujetos por abandonar sus contextos inmediatos. Estévez (2022) afirma que “El desplazamiento no es una decisión individual tomada con el propósito de aprovechar los miserables programas sociales de países ricos” (p. 245), por lo que la movilidad no podría abordarse como un aspecto distinto de cada caso. Esto no querría decir que todos los casos siguen las mismas lógicas y trayectorias, pero sí nos invita a pensar en las formas en que la migración responde a procesos más complejos.

Las estrategias operativas e instrumentales sobre los espacios y accesos a condiciones de bienestar –como pueden ser el control de satisfacción para las necesidades básicas o la garantización de los derechos mínimos de vida–, han gestado las razones de la migración e impulsado a las mismas a través de la precarización de la vida, una afirmación que se asienta de manera más clara en las lógicas analíticas del necropoder (Estévez, 2023; Ernesto y Nateras 2023; Valenzuela, 2015).

Moverse/desplazarse de un lugar en donde se encuentra en riesgo la vida, es una respuesta que podría considerarse, hasta cierto punto, esperada de la misma condición humana (Arendt, 2009). Empero, ese *libre albedrio*

del que discute y reflexiona Arendt (2009) no se encuentra claro cuando las acciones de los individuos no dependen únicamente del significado de autonomía en sus decisiones, sino de elecciones precarizadas entre las pocas alternativas que tienen a la mano.

Así, la aparente *libertad* termina por convertirse en una *ficción* en tanto sus condiciones ilusorias para el funcionamiento eficaz de la conciencia individual y colectiva. Para la sociología y psicología social, la propuesta de la *ficción de la libertad* (Foucault, 1994; Ibáñez, 2014), postula que esta es un resultado del diseño presuntuoso que el Estado, de forma histórica, ha generado para el eficaz control de las sociedades y sus diversas interacciones en la vida cotidiana, así como las relaciones que tienen los sujetos con las instituciones del Estado.

Constreñir las condiciones de vida -social y biológica- ha derivado en la instrumentalización de violencias, ejerciéndolas sobre poblaciones en condiciones precarizadas; en consecuencia, la misma idea de la libertad, termina por ser perseguida al ser empujados a salir de sus espacios de origen, siendo esta libertad una suerte de imaginario construido desde los discursos gubernamentales. Es así la libertad un artefacto salvaguardado por las instituciones y organismos del Estado, pero que pareciera siempre estar lleno de precariedad cuando se trata de las sociedades menos favorecidas por las economías globales. Así, encuentra Estévez (2022) una lógica de control y administración de las formas de vivir y morir que se ajustan a las economías y lógicas políticas contemporáneas: “En estos contextos, el necropoder instrumentaliza la enfermedad, el abandono social, el encierro y el acoso policiales racialmente determinados y las fronteras legales y simbólicas” (p. 247).

Con esto, migrar o no migrar, responde más a una forma de morir con mayor o menor velocidad, por lo que su decisión no dependerá de la búsqueda de bienestar, sino por la búsqueda de salvaguardar lo poco que queda de opciones para vivir. Esta postura crítica pone en tela de juicio el discurso del Estado con respecto a la migración, su abordaje y formas de intervenir en el mismo. Según la Organización Internacional de la Migración (OIM), en

su *Boletín de Estadísticas Migratorias para México*, del primer trimestre de 2024, se ha visto una tendencia sostenida en los eventos de personas en situación migratoria irregular:

El récord histórico alcanzó 360 146 eventos durante este período, el 60 por ciento correspondiente a hombres adultos y el 28 por ciento a mujeres adultas. El porcentaje restante de niños, niñas y adolescentes se dividió por igual entre ambos sexos. Estas proporciones se mantienen sin cambios significativos desde 2022 (p. 1).

Estos incrementos no vienen aislados de las condiciones contextuales en que habitan las poblaciones migrantes. Sus espacios de origen, en casi todos los casos, son caracterizados por representar lo que Valenzuela (2019) define como los escenarios hostiles, en los que algunas poblaciones son más precarizadas que otras, destacando entre estas a las infancias, juventudes y adultos mayores, cada uno sujeto a la exigencia de las producciones macroeconómicas o adulcentristas. Estos escenarios son, para el autor, reconocidos por:

...la precariedad como violencia económica que afecta a millones de jóvenes que no logran cubrir mínimos de bienestar, ni la canasta básica... violencia institucional que les estigmatiza y criminaliza incrementando sus niveles de vulnerabilidad... también se manifiesta en biopolítica, a la que he definido como estrategias de poder que buscan controlar el cuerpo de los jóvenes, entre las que he destacado la significación corporal, sexualidad, prohibición y penalización del aborto, esterilizaciones forzadas, violencia obstétrica, disposiciones eugenésicas, imposición de patrones estéticos, marcos prohibicionistas... La violencia contra los movimientos sociales antisistema, disidentes, altermundistas o que escapan al control institucional... La violencia social vinculada a los marcos prohibicionistas y al llamado crimen organizado afecta de manera central a los jóvenes... La violencia barrial o pandilleril como violencia que confronta a los propios jóvenes a conflictos y violencia

autodestructiva, así como a la criminalización externa e institucional que identifica a las identidades juveniles pobres asentadas en los barrios como formas delincuenciales... La violencia publicitaria y de difusión de patrones y modelos de vida consumistas que excluyen a la mayoría de la población que se encuentra muy lejos de esos productos, condiciones y escenarios de consumo. Las violencias adulto-gerontocráticas obedecen a relaciones sociales que tienden a excluir los jóvenes de los espacios de poder usualmente dominados por los mayores, y a la violencia sexual (pp. 59-60).

Para organismos como la OIM, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) o el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), ubican a las juventudes de los 15 hasta los 24 años, siendo este un rasgo importante en las delimitaciones de rangos etarios si consideramos que las cuadrículas de edad tienden a buscar hegemonizar experiencias que son difíciles de mantener en lógicas rígidas. A nivel internacional, según la OIM de 2020 al 2023, las poblaciones por encima de los 18 años representaban 70 % de las migraciones a nivel global. No obstante, el riesgo de esta generalización solo genera un peligroso sesgo en donde las particularidades fenomenológicas pasan desapercibidas.

La complejidad de este sector poblacional nos exige, en ese sentido, evitar las generalizaciones, a toda costa. Varios de los marcas y ordenadores socioculturales -en los cuales las juventudes⁷ han sido uno de los actores y sujetos más protagónicos y emblemáticos- que han definido y delineado una gran diversidad de prácticas sociopolíticas, expresiones culturales y acciones colectivas irruptivas -a través de vectores dinámicos del tiempo histórico y del espacio social con sus rigurosas vicisitudes y ritmos- han sido y son aún, las siguientes: las migraciones-movilizaciones o desplaza-

⁷ Las juventudes las vamos a entender como una categoría sociocultural y política, situada en un tiempo histórico y espacio social determinado, configuradas; a partir del género, la clase social, la etnia -(véase Urteaga, 2010, 2011)- el hábitat, la religión y la ideología, principalmente. A su vez, desde una postura dialéctica, las juventudes también tienen la capacidad de construir lo sociocultural, a partir precisamente de sus acciones y prácticas, expresiones afectivas-emocionales y sus *performances* corporales.

mientos, el uso de sustancias, las violencias y el diseño estético de sus corporalidades y que tienen la cualidad de ser consustanciales a la condición humana y a las relaciones intersubjetivas.

Tales ordenadores o marcas los podríamos considerar también como categorías o dimensiones de análisis psicosocial con gran capacidad heurística, que se anclan, articulan y le dan visibilidad, contenido y sentido, a los contextos: económicos, políticos, sociales y culturales interrelacionados. Los cuales, habría que entenderlos y comprenderlos como una especie de coordenadas o claves interpretativas-comprensivas, que posibilitan de la mejor manera posible, dar cuenta del impacto en el hacer de la cotidianidad y en la influencia significativa que tienen en las trayectorias y cursos de vida -de una parte de las juventudes- es decir, de las subjetividades juveniles.

En este andamiaje dialógico entre los ordenadores y los contextos señalados, emanan y se desprenden una serie de vasos y torrentes de flujos comunicantes, que le dan las figuras y los contornos a determinadas geografías, mapas y territorios de la condición juvenil contemporánea hoy y en los límites, en México -y por extensión, en Centro y América Latina con la prudencia académica de no perder de vista y considerar no solo sus similitudes, sino sobre todo, sus diferencias- en los ejes que nos interesan problematizar, que van desde los procesos de precarización juvenil, las violencias como relaciones asimétricas de poder, las migraciones en su vertiente de forzadas y determinados estados de ánimo colectivos en códigos afectivos de incertidumbre, desesperanza y zozobra -que en ejes teórico-conceptuales de la psicología social los podríamos caracterizar como dolor social- (Arciga y Nateras, 2002).

Las juventudes son distintas conceptualmente a las adolescencias -regularmente se les usa como sinónimos- ya que la categoría de adolescencia(s), apunta a un nivel de análisis individual y a responder a ¿cómo se construye psíquicamente el sujeto adolescente? por el contrario, la categoría de juventud(es), apunta a un nivel de análisis grupal-de identidades y a responder a ¿cómo se construye socioculturalmente el sujeto juvenil? en otras palabras, nos interesa dar cuenta de las acciones colectivas de la

condición juvenil, sus sentidos y significados –el valor simbólico– es decir, lo que representan esas acciones y prácticas apuntando a la edificación o reconstrucción –junto con ellos y ellas– de las subjetividades juveniles, por lo tanto, las juventudes son heterogéneas, múltiples, diversas, esto es, no hay una sola forma de ser joven o jóvenes, de ahí que una pregunta que podríamos hacernos sería; ¿cómo se producen, construyen y reproducen social y culturalmente las juventudes? Respuesta provisoria diríamos que: a partir de la articulación de categorías de análisis como el género, la clase social, la etnia (Urteaga, 2010, 2011) agregaríamos también, la ideología, el hábitat, que configuran las distintas formas de ser juventudes.

Si esto es así teórica y empíricamente, las juventudes –como ya lo señalábamos– es una categoría de análisis histórico-social situada en un espacio-tiempo específico, por lo tanto, si se sigue a José Manuel Valenzuela (1997), son una etapa de la vida por la que se pasa y no por la que se está permanentemente –como cualquier otra etapa– es decir, las juventudes se parecen a los productos lácteos como el yogurt y el requesón, ya que tienen fecha de caducidad social, ya que, alguna vez se dejará de ser jóvenes, en este sentido, proponemos hablar conceptualmente de juventudes situadas en determinados contextos como podrían ser los mexicanos, de Centro y de América Latina, con sus diferencias y similitudes, aunque ubicando sus centralidades y núcleos compartidos.

Estos contextos (económicos, sociales, políticos, culturales, religiosos) en los que también se van ligando-anclando y configurando la situación de la condición juvenil, no implica volver a avalar los determinismos estructuralistas, sean psicológicos, sociales o culturales, que negaban o anulaban al sujeto juvenil como sujeto de la historia, sino que hay que considerarlos como claves interpretativas-comprensivas en la construcción de las subjetividades sociales juveniles y, al mismo tiempo, apuntar a la construcción juvenil de lo sociocultural; en este tenor, pensemos que hay contextos similares y diferentes, que las juventudes están viviendo en México, Centro y América Latina y, por lo tanto, otra de las preguntas que formulamos: ¿y cuáles serían esas situaciones más relevantes del contexto, en las que se

están haciendo y edificando las juventudes hoy? ¿cuáles son las cualidades más significativas con sus especificidades, diferencias y similitudes de esas juventudes contemporáneas hoy?

A nuestro entender les está tocando vivir -particularmente- la crisis del proyecto civilizatorio -de la modernidad tardía, de la modernidad inconclusa, el fin del “contrato social”- así como de las contradicciones y las crisis permanentes del neocapitalismo -depredador y voraz- y su versión tecnócrata-neoliberal económica y culturalmente hablando, ensayada en gran parte en los países de América Latina, teniendo su bastión inaugural en Chile (con el ex dictador Augusto Pinochet en la década de los años setenta y, su versión más cruda, radical y primitiva en la Argentina de hoy de Milei, por ejemplo).

A su vez, están siendo impactados en su condición de ciudadanos y violentados en sus derechos humanos, por la debilidad de ciertos gobiernos democráticos, de la democracia electoral, progresistas o de la llamada izquierda social, como es el caso en Colombia, Perú, Brasil, situación que se liga por la instauración de gobiernos autoritarios (neofascistas) y criminalizadas de las juventudes disidentes, por ejemplo, en Nicaragua con Daniel Ortega, en Perú con la presidenta golpista y ahora en Argentina con Milei, que criminaliza y reprime la protesta callejera y también en El Salvador de Nayib Bukele, un populista punitivo “col”.

En estas lógicas, las batallas de una parte de las juventudes en México, Centro y América Latina, es de frente y en contra del neocapitalismo, que las y los ha empobrecido, el patriarcado -el machismo- que como estructura de poder las ha violentado y el neocolonialismo extractivista, que los ha expulsado de sus territorios, por ejemplo, las llamadas oleadas verdes féminas y feministas en Argentina, Chile y México (2018-2010) son un ejemplo fehaciente de mecanismos de resistencia.

Juventudes disidentes y en resistencias frente a la reconfiguración y reagrupamiento de los pensamientos de la derecha clerical, de la ultraderecha neofascista en México, Centro y América Latina, que, entre otras cuestiones, por ejemplo, tratan de controlar y disciplinar los cuerpos juveniles,

al negar el derecho de la decisión sobre sus corporalidades, por ejemplo, en el caso del aborto o en el diseño de las estéticas corporales. Por lo tanto, como premisa teórica planteamos que pensar a las juventudes tendría que pasar necesariamente por reflexionar al país, a nuestros países, donde habitan y hacen sus vidas y, al mismo tiempo, pensar al país tendría que transitar forzosamente por reflexionar a sus juventudes.

Así, en términos generales, podríamos referir que, a nivel global y en el caso mexicano, en lo local, las juventudes son uno de los actores y de los sujetos sociales que visibilizan y desnudan estas situaciones desfavorables de existencia, no solo por su presencia poblacional muy significativa y, sino más que nada, por su importancia como valor simbólico; es decir, lo que representan y significan, para “los nuevos” movimientos juveniles –que están y siguen recorriendo América Latina- y que dibujan determinados trazos y trayectos del descontento y del malestar social.

Es decir, interesa resaltar la relación y el vínculo estrecho, heterogéneo, histórico, dinámico y cambiante, entre la acción colectiva y la condición juvenil hoy (Muñoz, 2020). Si se sigue a Rossana Reguillo (2017), quizás estamos frente a una diversidad de “paisajes insurrectos” juveniles, de ahí que su malestar social y descontento colectivo, se expresan básicamente en el espacio público de la calle en formatos de protestas, manifestaciones y en las redes socio digitales (de la red a la calle y viceversa, de la calle a la red) esto es la tecno política y la ciber política.

Las administraciones de la muerte lenta y la muerte rápida

Los escenarios hostiles que reconoce Valenzuela (2019) tienen un rastro de larga data; las siete violencias (económica, social, institucional, contra los movimientos sociales, barrial, publicitaria y adulto-gerontocrática) que permiten identificar a dichos escenarios están concatenadas, una dependiendo de la otra, o dando paso a la siguiente. Para el caso de México –así como es rastreable el latinoamericano–, las condiciones de precarización vulneran, de muchos modos, las vidas sociales y biológicas.

El crecimiento poblacional de grupos etarios desde los 12 hasta los 29 años, en México representaba un aproximado de 37.7 millones de personas, esto según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2023). En la lógica de la *no separabilidad*, este grueso poblacional no solo representaba un elevado número de personas con cierto rango de edad, sino un conjunto de necesidades que debían garantizarse desde el Estado, uno que ya se encontraba, desde hace años, en crisis.

Del mismo modo, el Fondo Poblacional de las Naciones Unidas (UNFPA) durante el período 2023-2024 informó en su portal de internet que existen, en América Latina y el Caribe, un aproximado de 160 millones de personas entre los 10 y 24 años, representando 25 % de la población que habita esta región. Esta representatividad enuncia el grado de importancia que tienen estas poblaciones, de inicio porque es posible comprenderlas como los sectores con mayores necesidades de atención en lo que respecta a la garantización de sus derechos por parte de los gobiernos latinoamericanos y, en consecuencia, como un sector que, al ser expuesto a la precarización de la vida, tiende a tener mayor participación.

Según el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL) en México, desde su portal de internet, para 2023 el incremento de la pobreza multidimensional y pobreza extrema llegó a puntos históricos, elevándose notoriamente desde 2018 a 2022, representando así 46.8 millones de personas en pobreza multidimensional y 7.1 millones en pobreza extrema. Si consideramos que en 2023 la población en México rondaba los 130 millones de personas, poco menos de la mitad se encuentra en condiciones precarizadas, por lo que las 37.7 millones de personas que se encontraban entre los 12 y 29 años tenían altas probabilidades de encontrarse bajo estas características.

La toma de decisiones sobre las posibilidades de sobrevivir en un contexto de innegable precariedad socioeconómica y política no puede ser en ese sentido un tema sujeto a la libertad, al menos no si se piensa en que a pesar de salir de sus lugares de origen, el mismo desplazamiento los llevaría a transitar o habitar en otros territorios con las mismas características

de precarización. En una entrevista realizada a un joven migrante de origen salvadoreño que se encontraba habitando un refugio de migrantes en Mexicali, Baja California, México, comentó:

...yo tenía un trabajo de soldador allá [lugar de origen en El Salvador] y cuando salimos dejé todo, no pude llevar mis herramientas. Aquí trabajo en una tienda, estoy en la puerta cuidando. Queríamos pedir asilo en Estados Unidos, pero no hay respuestas, ya tenemos meses y por eso tuve que pedir trabajo. Casi todos los hombres que estamos aquí trabajamos en seguridad o en construcciones, pero sin atención médica, tampoco con un buen salario, con mucho peligro de que los policías nos detengan o que nos quieran meter con los delincuentes (Anónimo, comunicación personal, 2023).

Las características de la experiencia vivida en el lugar de origen son, de alguna forma, semejantes a las que se experimentan en el lugar de llegada. Muchas de estas migraciones no atraviesan por un solo territorio y en ese proceso afrontan diferentes escenarios que se caracterizan por la precariedad. La constante que se identifica en sus trayectorias de vida es, a su vez, una característica de los diseños socioeconómicos capitalistas contemporáneos. Por lo que el riesgo de la vida que tienen en sus lugares de origen no cambia de forma radical cuando se desplazan a otro lugar, lo mismo que tampoco se muestra cambio en las condiciones de muerte. Una madre joven, entrevistada en un refugio migrante en Mexicali, Baja California, México, comentó:

Cuando veníamos a México, llegamos primero a Tapachula, luego nos fuimos acercando a la Ciudad de México... saliendo de Tapachula nos quitaron todo el dinero los militares, nos bajaron de un bus. Salimos con poco porque me estaban amenazando la Mara, a mi hermano ya lo habían matado y decían que seguía yo. En Veracruz nos tuvieron también en un lugar, los militares. Luego llegando a la frontera nos secuestraron. Cuando pagamos lo que nos pedían nos sacaron de esa casa y nos trajeron a Mexicali. Ahora

pues estamos esperando una cita para solicitar asilo, yo no puedo regresar (Anónimo, comunicación peronal, 2023).

En ambos casos el ejercicio de las fuerzas del Estado representa el mismo nivel de peligrosidad y amenaza para las poblaciones precarizadas. Ambas personas entrevistadas rondaban, para el momento del diálogo, los 25-30 años. Así, llevar a cabo el ejercicio de poder a través de diversas tecnologías o dispositivos que viabilicen el constreñimiento de la vida de aquellas personas que inician un proceso migratorio, puede ser consolidado como parte de un diseño institucional articulado por la *biopolítica* (Foucault, 2007). De este modo, la administración de la vida o del vivir se convierte en parte fundamental de una estructura compuesta por la violencia institucional y las interacciones asimétricas. Parrini (2007) ve en este tipo de violencias características del tejido social, permeando las condiciones de la vida cotidiana:

Si la “tecnología de poder” que se ejerce sobre el cuerpo, correlato del “alma moderna”, no solo despliega castigos y penurias, sino que incita deseos y ordena proyectos de vida; y si el poder no está en ningún lugar específico, si no lo ejerce “alguien” y no hay una pirámide que esgrima su diagrama y, más bien, está en todas partes –conformando una red, incitando comportamientos y disposiciones, obturando cuerpos y almas–, entonces, no hay que buscarlo solo en archivos o libros, en los reglamentos; no solo en la producción institucional de discurso, sino en las voces de aquellos a quienes las instituciones administran y corrigen [...] (p. 21).

El ejercicio sobre la administración de la vida no es un aspecto novedoso a los ojos de la teoría social. Foucault (2007) al proponer el concepto de *biopolítica*, pone sobre el debate y análisis los impactos de la intervención del Estado y la gubernamentabilidad sobre las condiciones de vida de las poblaciones globales. Los rostros y las tesituras, que delinean las situaciones y circunstancias de la condición juvenil contemporánea, están marcadas en

México, Centro y América Latina, por cuatro figuras interrelacionadas; es decir, interconectado en una especie de interfaces dialógicas, a saber, 1) las precariedades o la precarización, 2) las violencias, 3) las migraciones (forzadas) y, 4) las afectividades -la incertidumbre, el desaliento, la desesperanza y las melancolías colectivas-.

Estévez (2018) complementa a la comprensión de la biopolítica añadiendo que su aplicación conceptual nos posibilita considerar los ejercicios de poder sobre la vida a través de leyes y políticas públicas que se encargan de gestionar a la vida misma. Garantizando una reproducción del ser humano y de las condiciones que lo mantienen bajo el yugo de las hegemonías políticas y económicas. Para el caso de las personas migrantes y, particularmente, de las juventudes, la irregularidad en la que habitan el territorio mexicano, hablando por su posición de documentos probatorios de identidad, limita su acceso a la vida institucional, gestando en ese proceso de vida las mismas condiciones de su latente muerte.

Un joven originario de Guatemala, de nombre Julián, entrevistado en un parque de la zona centro en la ciudad de Mexicali, Baja California, México, durante el verano de 2022, afirmaba: “De los albergues nos sacan en la tarde, no puedes estar ahí. Mujeres y niños o personas que ya son abuelos, pero yo no. Entonces aquí bajo el árbol puedo estar hasta que vuelve anochecer” (Julián, comunicación personal, 2022). Esta condición de expulsión, que parece ser en todo caso un elemento en estado constante en la vida de las juventudes migrantes, se conforma como un dispositivo para conservar un estado dicotómico dentro de los refugios y albergues. Bajo la argumentación de salvaguardar las condiciones de seguridad dentro de estos espacios destinados a poblaciones migrantes, son varones, sobre todo jóvenes, quienes se les expulsa durante varias horas todos los días a menos que se encuentren trabajando.

Al respecto, Esteves (2018) es que la necropolítica es complementario de la biopolítica, pues esta se referiría al “poder de dar muerte” (p. 10). Mbembe (2011) postula la idea de que las múltiples formas de violencias sociales coexisten y se articulan -de forma directa o indirecta- bajo las ad-

ministraciones del Estado, obedecen a una regulación sobre las formas en que mueren las poblaciones más precarizadas, las menos representativas del sistema económico global.

Con esto, habría que recordar que las violencias son relaciones asimétricas de poder, a partir de lo cual el Estado, sus instituciones, ciertos grupos y personas, arremeten contra otras u otros -la “alteridad”- a fin de causarle algún daño, e incluso exterminarlos o matarlos, “la muerte artera” por lo común hacia las adscripciones identitarias deterioradas (juveniles, indígenas, de la diversidad sexual); es decir, en procesos de estigmatización muy fuertes (Goffman, 2006). Desde una estrategia didáctica y de exposición, las violencias se despliegan básicamente en dos planos interrelacionados, uno; en el espacio público digamos de la calle y, el otro, en el espacio privado de la familia incluyendo las relaciones de pareja en cualquiera de sus formatos; ya sean noviazgos, matrimonios, amantes, por conveniencia o con derechos.

En los espacios públicos, sobresalen por su violencia desmedida y represión, los cuerpos de seguridad del Estado (militares, paramilitares, policías y cuerpos de élite) quienes son los que más violentan a las juventudes, el mecanismo psicosocial que emplean es el de la “criminalización” de ciertas prácticas sociales y expresiones culturales, como por ejemplo, graffitear el inmobiliario urbano -bardas, monumentos- o, consumir y fumar marihuana en parques o kioscos y, lo que más sobresale, es lo que se conoce como “por portación de rostro”; es decir, en la configuración de ser jóvenes, hombres como mujeres, en su condición de pobres, indígenas, estéticas corporales poco convencionales o no normalizadas como traer tatuajes, arracadas, etcétera, invariablemente son detenidos, extorsionados y, a veces, golpeados.

A su vez, ha emergido un nuevo sujeto de violencia incluso más letal y brutal; es decir, el crimen organizado, quienes se calcula han reclutado a más de 70 mil a 80 mil niños y jóvenes, de igual manera se está dando el fenómeno en las casas de recuperación de drogas -tipo anexos- en donde son ejecutados y asesinados a mansalva, probablemente por haber desertado de sus filas o por deudas contraídas con anterioridad.

Dadas estas circunstancias en cuanto a los procesos de precarización y de las violencias en los espacios públicos, da la impresión que una parte de las juventudes son “desechables” -a veces por afear el paisaje neoliberal-, de ahí que estamos sin duda ante lo que Mbembe (2012) ha denominado como la necro política; es decir, el Estado y sus instituciones administran la vida y la muerte de una gran parte de la población y, más aún, en términos de necro administración es perversamente más sofisticado y fino, ya que se define con precisión.

¿Cómo se vive y cómo se muere? o ¿quién vive y quién muere? es decir, de precariedad en precariedad, de exclusión en exclusión, de poco a poco, de gota en gota, por lo que vendrían siendo “los muertos sociales en vida”, que en términos de Valenzuela (2018), sería un mecanismo del “juvenicio”, que no implica solamente “la muerte artera”, sino que se define básicamente por las condiciones extremas de precarización de la vida cotidiana.

Apuntes finales

Una de las secuelas desfavorables del neocapitalismo para una gran parte de las juventudes en México, Centro y América Latina, han sido los procesos migratorios (forzados) considerados ahora como desplazamientos y movilizaciones de la patria de origen, a la patria de llegada. Por una parte, se globaliza el capital y las inversiones; sin embargo, lo que no se globaliza a la par, es la “mano de obra” o “la fuerza laboral”, y en el caso mexicano uno de los primeros agrupamientos que migran hacia los Estados Unidos de Norteamérica, han sido las juventudes más expuestas a la precarización de la vida y el aceleramiento de su muerte.

En el caso de las niñeces, de las juventudes y como una estrategia familiar -a finales de la década de los años setenta y ochenta- a fin de salvaguardar a toda una generación de jóvenes, se les incorporó en los flujos migratorios (forzados) hacia los Estados Unidos de América; teniendo como ejemplo el contexto de la guerra civil centroamericana en los países de El Salvador, Guatemala y Honduras o el contexto de conflicto armado entre el

Estado y el narcotráfico en México. Actualmente, podríamos preguntarnos ¿por qué están migrando una parte de las juventudes? A esto responderíamos provisoriamente, que por varios motivos entrecruzados y concatenados unos con respecto a los otros, configurando una suerte de crisol o de mosaico plagado ante todo de sufrimiento, de dolor social (Árciga y Nateras, 2002) y desesperanza, ante la incertidumbre y la conciencia de los riesgos que se llevan.

Uno de los factores de tales migraciones (forzadas) o desplazamientos y movilidad humanos, es debido a las diferentes violencias (de muerte) en las que se encuentran, por ejemplo, las niñezes y juventudes e incluso familias completas, que están en el curso de una extensa huida de los territorios instrumentalizados para la muerte. Es posible afirmar en este punto, que el análisis de las juventudes migrantes en escenarios hostiles podría tomarse desde la ruta de la bio-necropolítica. La exposición de sus vidas en los marcos de la productividad validada por el Estado, condicionan su permanencia no solo en un espacio geográfico, sino en la vida social.

Así, la administración de la vida y la muerte quedarán sujetas a las formas de utilidad que demuestren las poblaciones en los sistemas socioeconómico y políticos. El caso de las poblaciones expulsadas de El Salvador es una postal aterradora pero sumamente realista, dado el clima de violación constante a sus derechos humanos, a la represión y al acecho de la muerte bajo el Estado de Excepción, que está llevando a cabo el presidente Nayib Bukele, a partir de 2020, a la fecha (Ernesto y Nateras, 2023) esta migración se dirige hacia países cercanos como Costa Rica o México, y en determinados casos en condiciones de asilo político, por la persecución y las amenazas a su integridad.

Otro de los factores elementales para considerar un análisis con mayor profundidad crítica, son las condiciones de precarización en la que se encuentran y viven grandes sectores de la población –especialmente las juventudes– en lo que atañe al nivel económico, que los tiene en los umbrales de la pobreza, la miseria, la exclusión y la marginalidad, sin posibilidades de tener a corto plazo mejores condiciones de vida. A su vez, es importante

recordar que la pobreza y la miseria es considerada como un tipo de violencia estructural, por lo que esta ruta teórica conceptual serviría como propuesta situada y, esperadamente, generadora de críticas agudas.

Referencias

- Amador, J. y Muñoz, G. (2020). Del alteractivismo al estallido social: acción juvenil colectiva y conectiva (2011 y 2019). *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 19(1), 1-28.
- Árciga, S., & Nateras, O. (2002). El dolor social. *Revista Internacional de Psicología Social*, 1, 83-91.
- Arendt, H. (2009). *La condición humana*. Paidós.
- Braudel, F. (1970). *La historia y las ciencias sociales*. Alianza Editorial.
- Ernesto, R. y Nateras, A. (2023). Necroadministración y juventudes: aniquilamiento penitenciario documentado por medios hemerográficos en El Salvador. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 21(1), 1-20.
- Estévez, A. (2022). El proceso necropolítico de la migración forzada. Una conceptualización de la producción y administración del refugio en el siglo xxi. *Estudios Políticos* (Universidad de Antioquia), 63, 243-267.
- Estévez, A. (2023). El necropoder del imperio de la ley: la gestión de la muerte en el primer mundo norteamericano. *Acta Sociológica*, 88(89), 25-54.
- Estévez, A., (2018). Biopolítica y necropolítica: ¿constitutivos u opuestos? *Espiral*, xxv(73), 9-43.
- Foucault, M. (1994). L'éthique du souci de soi comme pratique de liberté. *Dits et écrits*, (IV), 708-729.
- Foucault, M. (2007). *El nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Fondo de Cultura Económica.
- Goffman, E. (2006). Estigma: la identidad deteriorada. Amorrortu.
- Ibáñez, T. (2014). Foucault o la ética y la práctica de la libertad. Dinamitar espejismos y propiciar insumisiones. *Revista Athenea Digital*, 14(2), 3-18.
- INEGI, (2023). Comunicado de prensa núm. 476/23. INEGI.
- Mbembe, A. (2011). Necropolítica. Sobre el gobierno privado indirecto. *Melusina* [sic].
- OIM. (2024). Boletín de estadísticas migratorias para México. ONU MIGRACIÓN.
- Parrini, R. (2007). Panópticos y Laberintos. Subjetivación, deseo y corporalidad en una cárcel de hombres. El Colegio de México.
- Reguillo, Rossana. (2017). *Paisajes insurrectos: jóvenes, redes y revueltas en el otoño civilizatorio*. Ned Ediciones; ITESO.

- Urteaga, Maritza. (2010). "Género, clase y etnia. Los modos de ser joven". En Reguillo, Rossana (Coord.) *Los jóvenes en México*. FCE; Conaculta; Biblioteca Mexicana, pp. 15–51.
- Urteaga, Maritza (2011). La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos. Juan Pablos Editor. UAM–Iztapalapa.
- Valenzuela, J. (2019). Trazos de sangre y fuego. Bionecropolítica y juvenicidio en América Latina. UDG; CALAS.
- Valenzuela, J. (Coord.). (2015). Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España. NED; ITESO; COLEF.
- Valenzuela, J. M. (1997). Culturas juveniles. Identidades transitorias. *Revista de Estudios Jóvenes sobre Juventud*, 1(3), 12–35.